

Espantapájaros: 5 ideas para el verano

Hay que reconocer que cada vez abundan más los espantapájaros.

Basta con recorrer los últimos campos sembrados en mayo, para ver aquí y allí la efigie solemne de un «espantajo» o el simple plástico de colores ondeando en un palo.

Alguien dijo algún día que el curso era como un buen campo recién sembrado: unas veces, la semilla cayó sobre roca y se secó; otras, en medio de espinos y sus pinchos la abrasaron; otras veces, quedó la semilla a flor de piel y los pájaros se la comieron.

Es nuestro caso: «Espantapájaros para el verano». Una reflexión en cinco tiempos para quienes no quieren que todo el curso se les quede en nada.



Espantapájaros n.º 1: «Prohibido comer semillas»

Yo no creo que haya en realidad ningún campesino que así, a sangre fría, se atreva a negarle un grano de maíz a un pájaro. Sería un campesino cruel, que ya no quedan.

Por ejemplo, no te imaginas que, si un pájaro se te acerca a la puerta y comienza a piar por allí pidiendo un grano de trigo, que tú tengas corazón para quedarte tan pancho y negarle tan pequeño, aunque exquisito donativo.

No, el problema no es ese. El problema está en que lo que buscan es precisamente la semilla y, con ella, van a amargarte la cosecha entera.

Yo no sé qué pasaría si, por ejemplo, los campesinos, en vez de espantapájaros, pusieran al lado del sembrado un abundante montón de grano para que los pájaros picaran en él cuanto quisieran. ¿Se irían, sin embargo, a los granos del sembrado? Yo creo que sí: habría pájaros que se irían al sembrado.

Y es que el grano fresco, hundido en la tierra, debe tener algo así como un gustillo irresistible.

IDEA: El niño no es un pájaro. Déjalo, casi siempre, picar donde él quiera. Lo mismo un día acierta y, en vez de picar un grano, se traga una semilla y, con ella, se alborota en sus entrañas una cosecha entera.

Espantapájaros n.º 2: «Acuérdate del dueño y no plearás»

Había un señor en mi pueblo que tenía una desgracia: los pájaros no se le iban. Por más que lo intentaba, las palomas volvían todos los días y cada hora a su puerta y a su ventana. Palmoteaba entonces, hacía «brrrr...» y nada: apenas se le movían. (Tenía cara de bueno y, naturalmente, así no lograba espantar nada). Surgió entonces el problema: para la nueva siembra, tenía que hacer un espantapájaros; pero, ¿qué modelo seguir? Si se imitaba a sí mismo, los pájaros acabarían con su cosecha; si no se imitaba, la vergüenza en el pueblo sería peor: ¡qué tipo de campesino es este, que tiene que vestir al espantajo de «coco» porque él mismo, su figura, no vale para espantar!

Efectivamente, lo bueno del espantajo es que imite al propio dueño, para que los pájaros no lo tomen a choteo. La frase «acuérdate del dueño y no plearás» sólo vale en el caso de que el dueño, al natural, espante de verdad.

IDEA: Papá, no te vayas. Mamá, quédate. Tu presencia no se supe con nada. Premios, bicicletas, abuelas, campamentos... son útiles, con tal de que no sean espantajos, suplementos para no estar tú allí.





Espantapájaros n.º 4: «Lo que el viento se llevó»

Nada hay peor que un espantajo tirado en tierra. Parece un muerto sin familia, que no lo levanta nadie ni nadie se preocupa de él, por más muerto que esté. Tirado allí, de narices, o de lado... o casi a medio tirar, que causa todavía más risa y pena.

Un espantapájaros digno debe estar bien clavado en tierra, que no haya viento ni tormenta que lo mueva. Incluso podría darse el caso que viniese un huracán, que lo tira todo. Pues aún en ese caso, el buen espantapájaros debería mantenerse en pie.

Porque, ¿qué tipo de espantapájaros es ese que, apenas hay un vientecillo, ya empieza a descuajeringarse todo y, al menor soplo, se le va el sombrero? O que, por ejemplo, al menor chaparrón, las aguas le llevan los zapatos...

No. Debemos trabajar en serio. Un espantapájaros auténtico ha de saber mantenerse en pie, al menos mientras el sembrado no puede valérselas por sí solo. Entonces sí, podrá tirarse en el suelo o dejarse caer rendido, como un buen soldado o el remedo de un dios que besa la tierra cuando comienzan a reverdear las cosechas.

IDEA: Lo malo del espantapájaros es querer mantenerse en pie, a toda costa, pero sin cambiarse de sitio. Y eso no hay quien lo resista. Si supiera andar, moverse, ver las cosas desde diferentes puntos de vista, aceptar el viento de frente y no de espaldas, abrigarse cuando llueve... podría aguantar mucho más tiempo vivo y los niños y los pájaros se lo agradecerían.



Espantapájaros n.º 3: «No te acerques»

Lo peor que puede pasarle a un espantapájaros es que los gorriones, por ejemplo, se le cuelen por los bolsillos. O que los cuervos, por ejemplo, le piquen irreverentemente en los zapatos. O que la pega esa, blanca y negra, se le pose en la cabeza. Todo eso, naturalmente, constituye una auténtica vergüenza para el dueño del espantajo. Los vecinos comienzan entonces a decir: «Eso no es espantajo ninguno. Los pájaros le tomaron confianza y los mirlos le silban en las narices». Entonces, el mejor remedio que le queda al dueño es quitar el espantajo y llevarlo a su casa o quemarlo allí mismo, junto al monte. O, también, como hacen algunos, llenarlos de latas y molinillos que hagan mucho ruido y se muevan estrepitosamente. Pero en estos casos ya se ve que el espantajo vale poco. Y es que lo bueno del espantajo es eso: que espante con sólo su figura y no con sonidos y otros artilugios, que es ya una forma más mecánica y poco seria de espantar.

IDEA: Acércate. No tengas ese empaque de espantajo. Total, los niños van a acabar sabiéndolo todo. Y vas a quedar en ridículo con tanto tapujo. Acércate.



Espantapájaros n.º 5: «La sombra del Super-Ego»

Freud decía que el Super-Ego es algo así como una sombra imperativa que todos llevamos dentro y que nos condiciona y obliga a determinados actos en nuestra vida: como un stop, un ceda el paso, una señal de tráfico o quizá un buho nocturno de ojos inexorables. El Super-Ego nos recuerda a cada instante las leyes, normas, tradiciones y costumbres que hemos heredado o aprendido de nuestros mayores.

En este supuesto, el «espantajo» es un «super-ego» más: apenas nace la lenteja o asoma su hocico el trigo, el super-ego ahí está, emergiendo lentamente en el campo. Desde entonces, los trigos, resignados, pensando que va por ellos, seguirán naciendo finos; las lentejas, sumisas y arboladas, y el maíz, penachudo y con espigas en el sobaco. El espantajo, que ha nacido para proteger y espantar, se convierte chulamente en ley, en norma, en dueño y señor absoluto, como si el campo entero fuera totalmente suyo.

IDEA: Los niños crecen solos. Protegerlos no quiere decir poseerlos. Además, ¿quién te dio a ti vida y farrapos para componer tu figura? ¿De quién eres tú? ¿A quién perteneces? Lo tuyo es proteger el trigo asustando pájaros. Si lo haces así, sencillamente, alguien te cantará agradecido y las espigas doradas te harán cosquillas en el rostro.